

Tecnoparanoia

José Gordon

Hay que imaginar a Luis Buñuel y Arturo de Córdova en el siglo XXI. ¿Qué pasaría si en la película *Él*, filmada en 1952, el personaje celoso hubiera contado con un aparatito que le permitiera registrar en video toda la memoria de sus encuentros con la mujer con quien se casó? Aun más, ¿qué pasaría si él pudiera revisar los recuerdos mismos de su mujer en una pantalla de televisión?

Estamos hablando de la *tecnoparanoia*. Esos son justamente los elementos que se ponen en juego en una serie británica denominada *Black Mirror*. Mexicanamente, podríamos hablar de la maldición de Tezcatlipoca, el espejo negro humeante. En eso se pueden convertir las pantallas de nuestros televisores y teléfonos celulares: espejos negros en donde se podrían reflejar nuestras peores pesadillas.

Estas ideas ya estaban agitando en las mentes de escritores de ciencia ficción como Arthur C. Clarke, quien planteaba la posibilidad de “descargar” la memoria de nuestros cerebros en otros aparatos o en otros cuerpos. Aunque todavía estamos lejos de que eso ocurra, día a día las neurociencias nos acercan a esos escenarios.

En este contexto, lo que hacen los productores de la serie en cuestión es insertar estas posibilidades en la vida cotidiana de personajes del siglo XXI que siguen sufriendo de una de las más antiguas obsesiones del ser humano: los celos que pueden llegar a destruirnos, a crear profecías que se autocumplen.

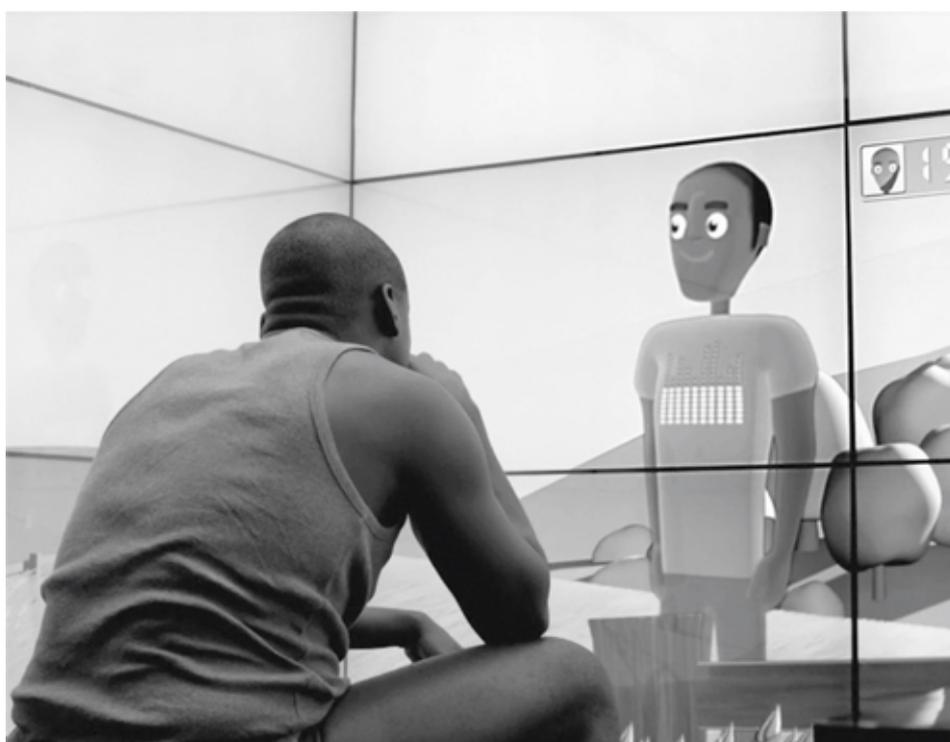
En el capítulo de *Black Mirror* titulado “Toda la historia de ti mismo”, los seres humanos tienen implantado detrás de la oreja lo que llaman un “grano”, un pequeño *chip* que registra todo lo que hacen, miran o escuchan. Esa memoria, en for-

mato de video, se puede proyectar enfrente de los propios ojos o en una pantalla de televisión. De esta manera, después de una junta de trabajo, uno puede repetir la escena para atrapar detalles sutiles que delatan la actitud que tienen nuestros jefes hacia lo que decimos. La lectura de la vida real se vuelve muy minuciosa.

Cuando esto se lleva al terreno de las parejas, los resultados pueden ser devastadores. Un hombre llega a una fiesta y encuentra a su esposa charlando con un extraño. En la cena, ella ríe con los chistes de ese personaje. Ya de regreso a casa, el hombre revisa el video de lo que aconteció, congela la imagen, captura momentos que alimentan sus sospechas. Ponga a un celoso este instrumento de alta tecnología y las consecuencias serán terribles porque, aquí y allá, los peores escenarios podrían materializarse. En los códigos de

los celosos, una frase clave es: “Busca y, tarde o temprano, encontrarás”. La tecnología le permite al celoso incluso revisar las memorias de su esposa. Así, la invasión en la vida del otro se vuelve implacable: se cierran todos los espacios de intimidad en los que guardamos nuestros secretos, nuestros errores, nuestras historias.

Al mismo tiempo, esta serie televisiva nos hace asistir al espectáculo de la virtualización de la realidad que, dicho sea de paso, a veces ocurre en la vida cotidiana sin necesidad de alta tecnología. Hay una escena particularmente dolorosa: la pareja hace el amor pero en sus ojos se proyectan las memorias de otros momentos de más intensidad en la película de su propia historia amorosa. Los cuerpos y la piel están por un lado, la imaginación se va a otro mundo. Vemos la vida a través del espejo ahumado. **U**



Black Mirror